

# Editorial

## *Pronóstico reservado: más allá del voluntarismo*

El primer discurso de un mandatario siempre despierta expectativas por su carácter programático. Se supone que en él, el nuevo gobernante plantea las líneas fundamentales de lo que será su gobierno. Estas expectativas se proyectan también sobre los primeros cien días. La opinión interesada en los asuntos públicos sigue con atención los primeros pasos del nuevo gobierno para descubrir su coherencia con el discurso y saber a qué atenerse; la oposición suele hacer un compás de espera y le da el beneficio de la duda. Pasado ese tiempo, el encanto del nuevo gobierno se difumina, la opinión pública se habitúa a él y éste al poder.

Las expectativas suscitadas por el cuarto gobierno de ARENA, sin embargo, han sido mayores de lo normal. El nuevo gobierno ha estrenado un estilo novedoso de ejercer el poder, en contacto directo con los partidos, los sectores sociales y la ciudadanía en general. La propuesta planteada en el primer discurso del nuevo Presidente de la República es muy ambiciosa, aunque ambigua, y no exenta de riesgos. A juzgar por sus palabras, la ruptura con el gobierno anterior es clara, en la forma y en algunos contenidos. La cuestión es si tiene la intención real y la disponibilidad para correr riesgos e impulsar un cambio sustancial de la situación actual. Esto no es claro, pues al mismo tiempo que asume con admiración y agradecimiento la herencia de las reformas neoliberales, propone cambios que, sin duda, encontrarán resistencias muy fuertes, en varios sectores sociales. La experiencia recomienda cautela y un pronóstico reservado, porque las primeras señales enviadas por el nuevo gobierno de Saca se inscriben en el juego de imagen publicitaria del gobierno anterior de Flores.

## 1. Un nuevo estilo de gobierno

El primer discurso del nuevo presidente (reproducido en la sección de “Documentación”) plantea un nuevo estilo de gobernar que, de concretarse, podría evitar que esta presidencia se asimilase a las tres anteriores. Este nuevo estilo se puede sintetizar en los propósitos siguientes: escuchar con humildad y paciencia, trabajar con seriedad, buscar la respuesta con sensibilidad humana y servir a los demás. El primer énfasis fundamental de este nuevo estilo es la disponibilidad para escuchar a todos los sectores sociales y concertar con ellos. Esta apertura es planteada como garantía de un gobierno que responde a las necesidades reales de la gente y, por lo tanto, también comprometido con democratización. Sus destinatarios privilegiados son los más desfavorecidos y desprotegidos. Así, pues, según la propuesta del discurso, el gobierno se propone ejercer el poder en contacto directo con la población, en particular con aquella que sobrevive en circunstancias muy difíciles y la que menos es tomada en cuenta en las decisiones. El nuevo gobierno se propone demostrarle que también existe para ella y no sólo para las grandes gremiales de la empresa privada. El acercamiento incluye gobernar desde lo local. “El Estado no puede ni debe abandonar a los más desafortunados. El Estado no puede ni debe desentenderse de la marginalidad” (ver el discurso). Esta visión proyecta una dimensión institucional ausente en los gobiernos anteriores de ARENA, demostrar, en la práctica, que el gobierno es operativo y eficaz para quienes más necesitan de él, lo cual lleva a impulsar la descentralización, otra antigua promesa olvidada de los gobiernos de ARENA.

El presidente Saca se propone alcanzar estos objetivos escuchando mucho — “Nuestro despacho será el país... Nuestra oficina es la casa de todos”—, “en giras periódicas y sistemáticas”. Parece estar convencido que sólo en contacto personal y directo podrá gobernar bien. Sin embargo, no hay más garantías que su palabra y su experiencia personal de comunicador. De todas maneras, se comprometió públicamente a ser abierto, accesible, humilde, paciente, tolerante y concertador con todos, excepto con la oposición “intransigente”, en una clara alusión al FMLN, o al menos, a su sector más radical, porque confundiría “las demandas legítimas” con “los desmanes políticos” y “las necesidades” con “las necedades” y buscaría chantajear al Presidente de la República. Sin embargo, el FMLN no ha sido excluido de los primeros encuentros del presidente Saca con los partidos políticos y los alcaldes. Por lo demás, el nuevo mandatario dice no tener prejuicios, ni reservas, ni tampoco temerle al diálogo, pues se siente seguro de sus principios y valores.

Esta actitud es novedosa y, hasta cierto punto, sorprendente, dada la experiencia del gobierno de Flores. A diferencia de éste, el presidente Saca no se considera dueño de la verdad y declara que contar con la gente es indispensable para hacer un buen gobierno — “Sería incomprensible que al asumir esta investidura creyera ser el dueño de la verdad. La realidad del país la vamos a vivir y a resolver juntos”. Este nuevo estilo fue confirmado en las primeras acciones gu-

bernamentales, las cuales no se han limitado sólo al presidente —quien se ha reunido con los partidos, los alcaldes y la gran empresa privada organizada—, sino que varios miembros de su gabinete han seguido su ejemplo, en sus propias carteras, y también se han reunido con aquellos sectores afines a sus responsabilidades. Es pronto para predecir cuán profunda será “la brecha” que abrirá el gobierno de Saca, pues le aguardan decisiones en las cuales entran en juego poderosos intereses, que no están acostumbrados a perder; con todo, es innegable que con su estilo ha descongestionado la actividad política y ha aligerado la pesada atmósfera nacional. La tensión social provocada por la polarización que el gobierno de Flores llevó a extremos peligrosos, ha disminuido de forma palpable. El Ministerio de Gobernación e incluso la misma Policía Nacional Civil, que hasta hace poco reclamaban una ley especial anticonstitucional y represiva para contener a las pandillas juveniles, cambiaron su postura, en el curso de una discusión abierta con diversos sectores sociales conocedores de la problemática. Asimismo, esa distensión ha hecho posible la reelección, casi por unanimidad, de la Procuradora para la Defensa de los Derechos Humanos, un hecho que ya se había dado por descartado. Los primeros aires traídos por el nuevo gobierno son beneficiosos para la actividad política, económica y social del país.

El gobierno de Saca aspira a caracterizarse por su “profundo sentido humano” y, por ende, pretende ser muy sensible a las necesidades de la mayoría de la población salvadoreña. Al igual que los gobiernos anteriores, reconoce que la pobreza es su desafío principal, porque impide la realización humana de la población. Por consiguiente, “La pobreza es una condición a la que ningún salvadoreño debe resignarse. Los que hemos recibido el encargo de conducir los destinos del país debemos combatirla de manera frontal”, declaró el nuevo presidente. La lista de valores que orientarán su gobierno es interesante, si es que ha sido reflexionada, porque el orden y la libertad ocupan los últimos lugares, mientras que la responsabilidad, la solidaridad y la justicia son los primeros. Al enfatizar el sentido humano, la cuestión social es colocada en el mismo lugar prioritario que la estabilidad macroeconómica. A diferencia de los gobiernos anteriores, éste se propone actualizar la agenda social, cuyos temas señalan las preocupaciones gubernamentales —seguridad ciudadana, generación de empleo, defensa del consumidor, educación, salud, medio ambiente, mujer y juventud— sin mayor elaboración. En los dos temas más conflictivos —la seguridad ciudadana y la salud—, el presidente Saca hizo dos aclaraciones, la primera se orientará hacia la mano dura contra las pandillas y la segunda no será privatizada, sino que será reformada de forma integral. No es propio de esta clase de discursos detenerse en los detalles, pero lo expresado no permite adelantar cómo el mandatario piensa desarrollar esa agenda. Con tan poca información, la sospecha de que se pueda tratar de las generalidades tópicas de un presidente, es inevitable.

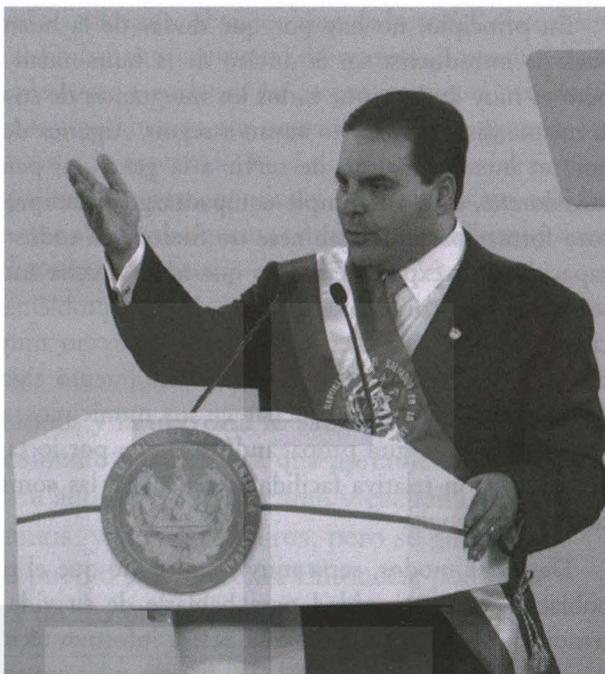
Adelantándose quizá a los recelos que esta cuestión siempre suscita en los círculos del gran capital, el mandatario justificó este énfasis en la insistencia que los bancos multilaterales han venido haciendo en la agenda social, desde hace

ya varios años, y en su percepción del sentir nacional, captada durante su visita a los 262 municipios del país, antes de la campaña electoral. En efecto, desde hace tiempo, los bancos han llamado la atención sobre la urgencia de prestar atención a la agenda social como condición necesaria para impulsar el crecimiento y el desarrollo económico. El discurso incluso retoma una de sus propuestas, las redes sociales para proteger a la población de los choques de la economía y la naturaleza y para incorporarla a la actividad productiva. No obstante, para no alarmar al gran capital, el presidente Saca prometió también mantener la estabilidad económica. Esta es una razón más para echar en falta el detalle sobre el desarrollo de la agenda social. Así como es de perentoria, resulta ser muy cara y compleja para un país como El Salvador, donde no existe la costumbre de pagar impuestos. Los retrasos acumulados por el abandono en el cual los gobiernos de ARENA han tenido a esta agenda, la vuelve aún más cara. La visita a los municipios, donde habría palpado la necesidad de la gente, habría hecho ver al presidente Saca su necesidad y su urgencia y habría despertado en él cierto sentimiento de solidaridad como para asegurar que “estará siempre con los salvadoreños, allí donde ellos sufren, allí donde ellos necesitan sentir que alguien comprende sus adversidades y sus necesidades. Y también allí donde ellos sueñan y confían en una vida mejor”.

En la medida en que el gobierno y el presidente Saca sean fieles a este propósito de escuchar a la población más necesitada, podrían llegar a gobernar con sentido humano, una dimensión que ninguno de los gobiernos anteriores ha tenido, ni pretendió nunca. Pero no hay que dejarse llevar por el entusiasmo fácil que este nuevo estilo de gobernar, destacado por los medios de masas y por la machacona propaganda de Casa Presidencial, pueda despertar. En realidad, en la primera gira, el candidato Saca escuchó poco y sólo a quienes le dijeron lo que él quería oír. Contrario a lo que el lema de la gira anunciaba —“Hablemos con libertad”—, en ella no se habló con libertad. Entonces, la estrategia electoral no podía abrir espacio para que la gente se expresara con total libertad; ahora, es dudoso que la estrategia de Casa Presidencial lo tolere. Antes, la meta era ganar votos; ahora, es exaltar la figura del presidente. La imagen oficial se impone con el mismo totalitarismo con que se impuso la del ex presidente Flores. De hecho, los medios de difusión han sido saturados por la propaganda presidencial desde el primer día del nuevo gobierno. Si el presidente Saca desea escuchar a la población, a la cual muy pocas veces le dan la palabra, deberá evitar la parodia de la primera gira y reducir la propaganda de su propio despacho. Si no, el encuentro y el diálogo propuestos tienen el riesgo convertirse en un encuentro y un diálogo para las cámaras y no con la gente y sus problemas. Aunque aseguró ser humilde, tiene que ser mucho más humilde, hasta el punto de prescindir de las estrategias de la imagen de su oficina de comunicación para así poder encontrarse en la llanura con esa mayoría olvidada y silenciada.

No sólo deberá ser humilde como todavía no lo ha sido ningún Presidente de la República del siglo XX, sino que Saca tendrá que ser también muy pacien-

te para sentarse a oír toda clase de necesidades, males y sufrimientos, deberá prestar atención a propuestas de toda clase, algunas de ellas ingeniosas, pero otras descabelladas, deberá aceptar críticas, algunas de ellas constructivas, pero otras dictadas por el resentimiento y la amargura, tendrá que soportar aduladores y oportunistas y no dejarse seducir por sus halagos, tendrá que tolerar exabruptos y palabras fuertes. Los gobiernos no suelen escuchar a la población, ni



sus opiniones influyen en sus decisiones y la mayoría lo sabe. Por eso, si este gobierno le da la oportunidad, la aprovechará y con toda seguridad, el presidente se enfrentará con un verdadero clamor. Si esto es lo que se propone, el presidente Saca tendrá que aprender a aguantar mucho, porque, si su actitud es de cercanía y escucha, oírá acusaciones y reclamos, y sufrirá desaires; pero se ganará el agradecimiento del pueblo salvadoreño. Entonces, pondrá a prueba la fortaleza de sus principios y valores personales.

La habilidad de quien escucha con humildad y paciencia es convertir las situaciones adversas en experiencias positivas de tolerancia y comprensión, en oportunidades para reconocer errores, disponerse a enmendarlos y dar respuesta eficaz a las demandas de la población. Para introducirse en esta dinámica hay que tener mucha confianza en la gente y en su sabiduría, una confianza que va mucho más allá de la certeza de que “Si alguna cosa no camina por falta de entendimiento, ese mismo pueblo sabrá dónde están los obstáculos... ese mismo pueblo, sabio y prudente como es, sabrá empujar a los que no quieran caminar, a los que no quieran colaborar”. Esta afirmación, que sólo puede entenderse como una alusión velada al FMLN, también es válida para el mismo presidente Saca, si no es consecuente con sus promesas más importantes. El doble propósito de cercanía y diálogo —“Los salvadoreños me verán constantemente cara a cara, brazo a brazo, a lo largo y ancho del país, no en visitas de ocasión sino llevando el gobierno a sus comunidades...” — posee, en sí mismo, un enorme potencial para convertirse en un aprendizaje sobre la realidad humana del país. Este es el verdadero desafío para un gobierno con la ambiciosa pretensión de “ser humano”.

En principio, no hay por qué dudar de la buena intención del presidente Saca de introducirse en el núcleo de la humanidad de la realidad salvadoreña, pero es muy dudoso que todos los integrantes de su equipo de gobierno tengan la misma disposición y lo vayan a seguir. Algunos de ellos llegaron al cargo, no por un interés genuino de servir a la gente, ni para humanizar a la sociedad salvadoreña, sino por simple compadrazgo y compromiso político. Los criterios para formar parte del gabinete no fueron, en todos los casos, la honestidad, la capacidad y la experiencia. Hay que tener mucha audacia, coraje y aguante para sentarse en las comunidades a escuchar sus problemas y a buscar con ellas soluciones eficaces y viables. En otros tiempos no muy lejanos, un coronel, que también fue Presidente de la República, intentó algo similar. Se propuso hacer un gobierno móvil y despachar en los municipios, pero su esfuerzo pronto se convirtió en una gira propagandística que, por lo tanto, descuidó su propósito principal. Con relativa facilidad, escuchar a las comunidades, puede derivar en simple demagogia.

De todos modos, sería muy importante que el gobierno de Saca diera a la población la oportunidad para hablarle de su vida y sus dificultades, de sus temores y sus anhelos. Una cosa es leer informes técnicos, escuchar las recomendaciones de los consultores de los bancos y las agencias internacionales, discutir con políticos y otra muy distinta enfrentarse, cara a cara, con la gente, no para hablar, porque los discursos gubernamentales están de más, sino para escuchar con atención y respeto. Hasta ahora, ninguno de los gobiernos de ARENA ha escuchado a la gente. No lo consideraron necesario. Ellos ya sabían lo que le convenía. En cambio, incontables veces escucharon a las gremiales de la gran empresa privada, oyeron las conferencias de sus intelectuales, algunos de ellos extranjeros muy bien pagados, y prestaron atención a las informaciones difundidas por sus medios de masa. El presidente Saca no se podrá acercar a la miseria de la gente sin volver cambiado a Casa Presidencial. Esa realidad es más elocuente que los informes, las recomendaciones y las discusiones de despachos y salones de embajadas y hoteles. Hay que tener mucho aguante para soportar esa realidad. Esta y no tanto la oposición política del FMLN es la que pondrá a prueba las promesas de su gobierno y la paciencia y humildad personales.

## 2. El mismo esquema neoliberal

El presidente Saca anunció que la agenda social no sería un complemento de la estabilidad macroeconómica, sino una pieza fundamental de su gobierno — “lo social no es un complemento de nada, sino la base de todo” —, con lo cual enfatizó la relevancia que aquella tendrá durante su mandato. Sin embargo, hay razones para sospechar que lo social, tal como lo enfocó, en este primer discurso, es concebido más como un paliativo ante los estragos ocasionados por el modelo económico neoliberal entre la gente. La propuesta no es nueva, estaba prevista en el diseño original del modelo como condición necesaria para su viabilidad. Hasta ahora, los gobiernos de ARENA, que interpretaron sus com-

ponentes de forma unilateral e interesada, obviaron éste de lo social, al cual son alérgicos. Pero, al parecer, al fin habrían comprendido que esa dimensión de la realidad nacional no se puede hacer a un lado. Así se explica que el presidente Saca hable de retraso y que muestre interés por poner al día dicha agenda. Sin mayor aclaración, tal como ha sido expresado en el discurso, lo social siempre estaría subordinado a la política macroeconómica y continuaría sin entidad propia. Para tenerla, habría que alterar el esquema económico neoliberal y a eso no parece estar dispuesto el gobierno de Saca.

---

Los gobiernos no suelen escuchar a la población, ni sus opiniones influyen en sus decisiones y la mayoría lo sabe [...] Si esto es lo que se propone, el presidente Saca tendrá que aprender a aguantar mucho, porque si su actitud es de cercanía y escucha, oírás acusaciones y reclamos, y sufrirá desaires; pero se ganará el agradecimiento del pueblo salvadoreño. Entonces, pondrá a prueba la fortaleza de sus principios y valores personales.

---

En este contexto, el nuevo presidente rindió un homenaje innecesario a sus tres antecesores, todos de ARENA, cuyos gobiernos, según sus palabras, habrían sentado las bases del modelo actual, al cual se deberían “notables progresos políticos, económicos y sociales, tanto que [ahora] es más claro lo que falta por avanzar”. En consecuencia, a él sólo le “toca vigilar que el interés público y el privado se potencien”, es decir, no hay que esperar cambios sustanciales. De los tres, Saca destacó el aporte del ex presidente Flores, por su visión y dedicación. Sus esfuerzos habrían “vestido al país de modernidad”, lo cual, en el lenguaje del gobierno de ARENA, significa consolidación de las privatizaciones. Semejantes elogios podrían explicarse como pago de una deuda política o como reacción ante la avalancha de críticas que ha caído sobre Flores, al final de su periodo, o como reafirmación de una perspectiva compartida. Así, pues, la revisión del esquema económico no parece estar en la mente del nuevo mandatario. Su gobierno se propondría, por lo tanto, dar continuidad a la herencia recibida, pero con otro estilo personal y con los paliativos previstos, los cuales lo harían más soportable.

La creación de nuevos y mejores empleos, esencial para hacer retroceder la pobreza, continúa dependiendo de la conocida receta neoliberal: más producción, competitividad, apertura comercial e inversión extranjera. El tratado de libre comercio con Estados Unidos continúa siendo la gran oportunidad para ello —“espacio de desarrollo incalculable”, “ganamos todos”, “instrumento excepcional”, “beneficios de la globalización y las bondades de la apertura”, “oportunidades concretas de prosperidad”. Aunque el presidente Saca anunció un

pacto para el empleo con el gran capital, sin especificar sus términos, las líneas fundamentales para crearlo y reactivar la economía deprimida siguen siendo las mismas. La primera reunión con los grandes empresarios fue un encuentro de viejos amigos, quienes aprovecharon la ocasión para conversar de temas diversos. La promesa más concreta para la parálisis del sector agrícola fue la policía rural. Por lo demás, el presidente se comprometió a buscar soluciones, proporcionar crédito e insumos y a la reconversión productiva del sector. Incluso el voluntarismo de su antecesor está presente, “nada ni nadie nos hará retroceder”. Es difícil pensar que esta postura responde a una simple táctica para no intranquilizar antes de tiempo al gran capital y a los neoliberales, pero que, cuando el nuevo gobierno se hubiese consolidado, sería abandonada para dar prioridad al área social y a las mayorías salvadoreñas empobrecidas.

El individualismo, otro elemento muy característico del esquema neoliberal, también fue subrayado por el presidente Saca, en su discurso. Entiende su mandato como consentimiento para “seguir construyendo un país donde sea normal tener oportunidades... un país donde ya no se repita el círculo vicioso de la pobreza estructural... un país donde haya trabajo suficiente para todos y espacios abiertos para el talento e ingenio individual”. Piensa que unas circunstancias favorables, crédito y asistencia técnica suscitarán el apareamiento de millones de empresarios. En este punto, el compromiso es personal, “Hoy es mi turno de extenderle la mano motivadora y comprensiva al que lucha por ser mejor, al que trabaja doble turno, al que suda bajo el sol, a la que transita por las calles vendiendo lo que puede, a los que se quiebran la espalda para sobrevivir. Es mi turno de corresponder... Quiero corresponder... Voy a corresponder”. Desea evitar a otros las penurias por las cuales él asegura haber pasado hasta que se convirtió en un empresario exitoso. De esta manera, el presidente Saca retoma una de las mejores cartas de presentación de su campaña electoral y se vuelve a presentar como una de las versiones salvadoreñas más logradas del sueño americano. “Yo hice realidad mi propio sueño salvadoreño con trabajo y sacrificio, con limitaciones y angustias. Ese esfuerzo lo pongo hoy al servicio del país”. El mandatario todavía cree que es posible multiplicar su caso por decenas de miles y tal vez de millones. Nunca se pregunta cómo es posible que trabajando tanto, la gente viva tan mal.

Si su nuevo gobierno no profesará el “dogmatismo económico ni veneración desproporcionada a la lógica del mercado” cómo habría que entender la afirmación siguiente, “Tenemos un rumbo económico, fundado en las libertades, y esa es la ruta que vamos a seguir”, puesto que ambas son incompatibles. El único que puede hacer uso de esas libertades es el gran capital, porque la inmensa mayor parte de la población es esclava de inseguridades e ingresos insuficientes para satisfacer sus necesidades básicas. Cómo habría que interpretar el elogio a sus antecesores, de quienes se considera heredero agradecido, en particular del último, el más dogmático y autoritario de los tres. La invitación a los “millones de salvadoreños emprendedores [...] a continuar creando riqueza” no tiene lógica, porque la inmensa mayoría de ellos, sobre todo las mujeres, quienes consti-

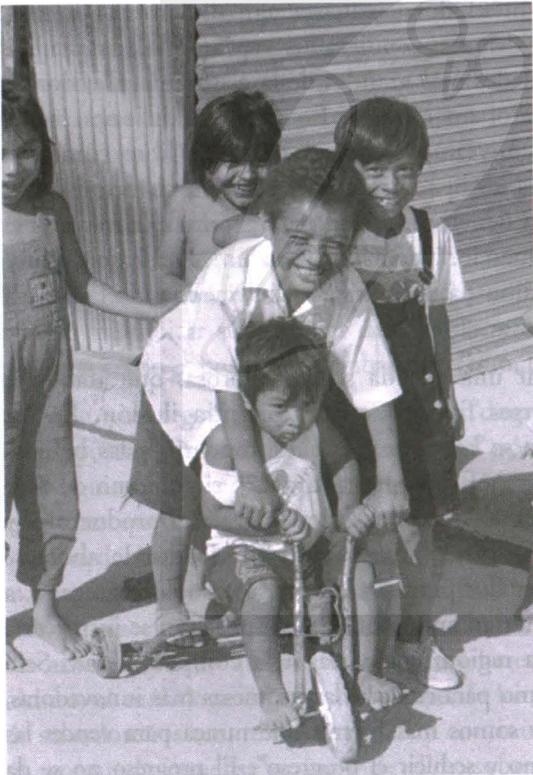
tuyen la mayor parte del sector informal, se encuentra atrapada en la microempresa de subsistencia. El planteamiento presidencial no se cuestiona quién o qué arrebató las oportunidades a la inmensa mayoría de esos “salvadoreños emprendedores”, que se desloman sin poder alcanzar una vida digna y humana. El presidente Saca no podrá crearles condiciones favorables para enriquecerse sin enfrentar a quienes han acaparado esas oportunidades. Tal vez a eso se refería cuando anunció, de manera escueta, que no habría “prebendas, privilegios ni ventajas irresponsables”. En cualquier caso, para cumplir con esta promesa, el gobierno debe poseer una fuerza social y política que ahora no tiene, tal como lo han demostrado los empresarios de autobuses, quienes lo han obligado a sentarse en la mesa de negociación, en una postura muy débil.

Las expectativas de los gobiernos de ARENA, y el actual no es la excepción, ante los tratados de libre comercio, en particular con Estados Unidos son desproporcionadas. Esperar que este tratado contribuya a reducir la pobreza, a impulsar el desarrollo humano y a crear nuevas oportunidades es una quimera. Si no lo ha hecho en México, por qué iba a hacerlo en El Salvador y, por extensión, en Centroamérica. En aquel país ni siquiera las inversiones han crecido de acuerdo a las proyecciones, pues el capital extranjero se ha limitado a adquirir las empresas mexicanas, introducir tecnología de punta y suprimir puestos de trabajo. En el área de granos básicos predomina la micro unidad de autoconsumo, mientras que en las otras áreas agrícolas, la atomización y la anomia. En el año 2002, México importó casi la mitad de su canasta agroalimentaria, lo cual equivalía, aproximadamente, a lo que sus emigrados enviaron a sus familias como remesas. Una de las debilidades más grandes de la economía salvadoreña es que no produce y, por lo tanto, no exporta. En estas condiciones, no es posible aprovechar las aperturas, ni tampoco los tratados de libre comercio. Hacer creer que la microempresa se beneficiará con ellos es un error y una irresponsabilidad, porque éstas no tienen capacidad para exportar, la mayoría es de subsistencia y se dedica al comercio. Además, tienen un nivel bajo de productividad, mano de obra no cualificada, tecnología obsoleta, cuando la tienen, y poca o nula capacidad para innovar.

Pensar que se puede impulsar una agenda social vigorosa, que ataque la pobreza de frente, con los recursos fiscales actuales, es otra ilusión. En los pasillos de algunos ministerios ya se habla de elevar el impuesto a las bebidas alcohólicas, al tabaco y a las armas de fuego, pero, para eso, el gobierno de Saca antes tendrá que contar con el respaldo explícito de los grandes productores y comercializadores, los mismos que contribuyeron a colocarlo donde ahora se encuentra. También se baraja subir dos puntos al impuesto al valor agregado, a lo cual los grandes empresarios estarían anuentes. Esta disposición se justificaría con la necesidad de uniformar la región, con vistas a la competitividad. Será necesario algo más que voluntarismo para cumplir las promesas más innovadoras, aun cuando fuera cierto que “hoy somos más fuertes que nunca para vencer las adversidades, sustentar el optimismo y seducir el progreso”. El progreso no se da

automáticamente, ni se “seduce” con reformas de ajuste estructural, ni con tratados de libre comercio, tal como parecen haberlo intentado los tres gobiernos anteriores de ARENA, cuyos resultados están a la vista. A todo ello hay que agregar la incertidumbre, derivada de una economía mundial volátil. Tal vez haya que tomar en serio la advertencia del nuevo mandatario, “No est[oy] inventando fórmulas, imaginando paraísos, ni ofreciendo magia. Venimos de la realidad, vivimos en ella, nos debemos a ella”. En el contexto actual, esto significa que el curso será el mismo, pero con un estilo que hará más difícil la crítica.

Esta postura gubernamental, sin embargo, no es aceptada por la opinión de la mayoría de la población, la cual reclama un cambio económico. No obstante la retórica presidencial, no es razonable esperar ese cambio, cuando la gran empresa privada está bien representada en el nuevo gobierno. Esta no sólo se opone a cambiar el esquema neoliberal, sino que pretende profundizarlo; se resiste empeñadamente a pagar los impuestos que le corresponderían, según sus ingresos, y no está dispuesta a renunciar a sus privilegios. No hay que olvidar que ARENA se movilizó para evitar un cambio de rumbo económico. El dilema es que si este gobierno decide no enemistarse con ella, no podrá cumplir con lo que se propone y el diálogo perderá su razón de ser. Gobernar para los empobrecidos sólo puede hacerse moderando el apetito insaciable de ganar dinero del gran capital y de la gran empresa con medidas como la reforma tributaria, indispensable y urgente para sanear las finanzas públicas.



La experiencia llama al realismo. La cuestión de los pobres y de la pobreza ha sido recurrente en los gobiernos de ARENA. Cada uno la ha formulado a su estilo, pero todos han sido igualmente ineficaces. El gobierno de turno no se ha quedado atrás y habla de cercanía, de dedicación al bienestar de la gente, de extender la mano a los más necesitados y emprendedores, etc. Su retórica es atractiva y encuentra eco fácil, porque el problema es real y el deseo de cambio es general. Según una encuesta del Instituto Universitario de Opinión Pública, al final del gobierno de Flores, ocho de cada diez personas opinaba que la econo-

mía nacional y familiar estaban peor o igual, es decir, mal. La mitad de la gente pensaba que la pobreza es mayor ahora y un poco más del 25 por ciento que es igual. El nuevo gobierno no tiene escapatoria, pues esa misma mayoría percibe que los gobiernos de ARENA se han dedicado a atender de manera exclusiva las necesidades de ricos y empresarios. Sin cambios profundos en el esquema económico, la pobreza seguirá extendiéndose y habrá más pobres, aunque algunos, más bien pocos, lograrán realizar el sueño americano, en suelo salvadoreño, y la agenda social no tendrá la relevancia que la retórica le asigna.

Todo parece indicar que la contradicción entre el discurso y la práctica gubernamental va a ser manejada con una intensa publicidad que proyecta la imagen de un mandatario cercano, sonriente y amigo de todos. Aquí, las cualidades personales del presidente Saca adquieren valor inapreciable, puesto que aportan una buena dosis de naturalidad a su imagen oficial. La oposición tiene que demostrar mucha inteligencia política para poner en evidencia esa contradicción. No será fácil cuestionar la imagen de un mandatario dialogante, concertador y simpático. Sin embargo, no es tarea imposible, porque como el gobierno de Saca se empeñe en mantener inalterado el rumbo socioeconómico, no podrá ir muy lejos, ya que las expectativas de prosperidad y bienestar de la gente, reforzadas por su retórica, son muy elevadas.

### 3. Un pronóstico reservado

El llamado “nuevo proyecto de renacimiento y renovación”, como es normal, ha despertado grandes expectativas, cuyo cumplimiento exige ciertas concesiones, orientadas a acortar la brecha que separa a los que acaparan el ingreso nacional del resto, que tiene que conformarse con lo que sobra. Mientras haya una desigualdad económica y social tan grande como la actual, no habrá desarrollo humano, ni económico, ni social; tampoco democratización, por lo tanto, no habrá gobernabilidad. Pero una mayor igualdad es sólo un primer paso, el cual debe ser complementado por la justicia. Sin mayor estabilidad social y política, las inversiones no acudirán a El Salvador en el volumen esperado y los tratados de libre comercio tampoco llenarán las expectativas de sus promotores. Sin concesiones —porque no hay fuerza con poder para obligar al gran capital a ganar menos—, la aceptación y la credibilidad alcanzadas por el nuevo gobierno con tanta rapidez se resquebrajarán y resurgirán las protestas masivas, las cuales sólo podrán ser acalladas con una buena dosis de autoritarismo y fuerza policial. La credibilidad del gobierno actual depende de la eficacia con la que cumpla sus promesas.

El nuevo estilo de gestión del esquema neoliberal pretende recuperar la legitimidad perdida, en el último gobierno de ARENA. Los primeros pasos del nuevo gobierno confirman lo dicho en un editorial anterior (*ECA* 2004, 663-664). De las tres opciones abiertas, el gobierno de Saca parece inclinarse por impulsar algunas reformas superficiales para posponer la reforma institucional de gran envergadura, que una auténtica gobernabilidad reclama. Con ello se

propone ganar tiempo, limar asperezas y bajar la tensión social y política, y retrasar la crisis de gobernabilidad, que incluso la derecha más cerril ya percibe como una amenaza real, en el horizonte. Esta opción se encuentra plasmada en el primer discurso del presidente Saca y de ahí su ambigüedad, por no decir contradicción, entre lo que aparenta decir y lo que en realidad se propone hacer. Las primeras mesas de diálogo, convocadas por el nuevo gobierno, aparte de propiciar un ambiente más sano, lo cual en sí mismo es beneficioso para el país, tratan de construir los entendimientos que harían posible esas reformas de poco calado. De esta manera, el gran capital gana tiempo, a la espera de una coyuntura favorable, pero impredecible, que le permita conservar intacta la estructura socioeconómica y ARENA recupera credibilidad ante la opinión pública. Pero la crisis no se evitará sin una reducción significativa de la desigualdad y sin un avance firme en los terrenos de la justicia. Cualquier otra medida no es más que un sustitutivo. Ahora bien, unas desigualdades tan extremas como las predominantes en la sociedad salvadoreña sólo pueden sostenerse, a mediano y largo plazo, con un régimen autoritario.

La gobernabilidad, y también la democratización, depende de si el nuevo gobierno responde con eficacia a las demandas de la población y de la gestión de los inevitables conflictos de intereses propios de la democracia. Prescindiendo de la buena voluntad del presidente Saca, su programa de gobierno adolece de dos debilidades estructurales, pocos recursos económicos y muy poca experiencia democrática. La renovación que se propone, aun dentro las limitaciones mencionadas, exige algo más que voluntarismo. Son necesarias una determinación política firme y una fuerza social representativa que la sostenga. Es claro que el presidente Saca cuenta con la gran empresa privada, y hay que contar con ella o, al menos, con un sector de la misma, pero sus intereses son contrarios a los de la mayoría de la población, el destinatario principal de los esfuerzos gubernamentales, según su planteamiento oficial. Esa empresa, sin embargo, no está dispuesta a discutir una redistribución más equitativa de la riqueza nacional; ni siquiera cumple con sus obligaciones tributarias y cuando se las exigen, se queja de acoso y cuando la encuentran en falta, siempre halla la manera de evadir la sanción. Nunca ha escuchado a la gente, ni tampoco se ha distinguido por su sensibilidad ante la necesidad humana. A duras penas cumple con el mínimo de sus obligaciones laborales.

---

Una de las debilidades más grandes de la economía salvadoreña es que no produce y, por lo tanto, no exporta. En estas condiciones, no es posible aprovechar las aperturas, ni tampoco los tratados de libre comercio. Hacer creer que la microempresa se beneficiará con ellos es un error y una irresponsabilidad, porque éstas no tienen capacidad para exportar [...]

---

La alternativa entonces es apoyarse en la población, pero esto no va con el estilo de la derecha. Una cosa es escucharla e incluso acceder a algunas demandas, y otra muy distinta sería abrirle espacio para que participase activamente en un proyecto gubernamental innovador del cual sería gestora y beneficiaria al mismo tiempo. En la práctica, a la población se le asigna un papel pasivo como simple recipiendaria de las dádivas gubernamentales. Contrario a lo que sostiene el presidente Saca, la cuestión social siempre ha sido ignorada por la derecha, si no cómo se explica el retraso y la urgencia por ponerla al día. No hay por qué dudar de su intención de mantenerse en contacto con la población, ni de su deseo de trabajar para transformar el país. Hacerlo con orden y cuidando de la estabilidad es prudente, pero insuficiente. La cuestión es qué tipo de cambio busca y con qué medios lo va a conseguir, porque los índices del comportamiento de la economía nacional son más bien negativos. A juzgar por el discurso, el nuevo interés por la cuestión social no va más allá de suavizar el impacto más devastador del ajuste neoliberal. No es, pues, la población, ni su bienestar lo que interesan, en realidad; tampoco su participación activa para conseguirlo, excepto la individual y para convertirse en múltiples empresarios exitosos. El gobierno y el gran capital parecen esperar que la gente acepte resignada —e incluso agradecida— lo que ellos tengan a bien ofrecerle. Unas reformas cuyo propósito sea proporcionar más ventajas a los más ricos y poderosos con el falso pretexto de que, entre más ricos, más motivados para invertir, no puede enfrentar el desafío que los pobres y la pobreza plantean al Estado y a la sociedad. Ya es hora de preguntarse por qué, pese a haberles otorgado tantas ventajas, durante quince años, no han invertido en el país, ni creado nuevo empleo.

El gobierno actual, a juzgar por sus primeros pasos, ha escogido un curso muy arriesgado, pues se propone mantener el esquema neoliberal heredado, aunque introduciendo algunas correcciones menores para suavizar su impacto en la gente y eliminar los abusos más escandalosos, al mismo tiempo que alimenta sus expectativas individuales con su proximidad y su calor humano. La modalidad de esas medidas correctivas será acordada en diálogo con gremios y sectores sociales. Velar por un cumplimiento más estricto de la ley, eliminar los privilegios más escandalosos del gran capital, ampliar y elevar la cobertura y la calidad de los servicios públicos de los más desprotegidos y vulnerables, evitar que las grandes empresas abusen del consumidor, imponer cierta honestidad en la administración pública, disminuir la polarización de la política nacional y garantizar más seguridad ciudadana son, sin duda, novedades bienvenidas en una situación bastante deteriorada. Pero ninguna de esas medidas toca el meollo de la gobernabilidad democrática. Son medidas de contención y no de transformación. Cuando se manifieste su corto alcance real, sobrevendrá de nuevo el desencanto y la crisis se levantará de nuevo en el horizonte. El gran capital habrá ganado tiempo con esta nueva estratagema, pero la desigualdad aumentará, la ingobernabilidad ganará más terreno y habrá menos recursos y margen para maniobrar.

Por otro lado, es desconcertante que un presidente que pretende gobernar de forma cercana y en contacto con la población, simultáneamente construya una imagen inexpugnable de sí mismo. La tentación es muy grande y casi inevitable, porque el poder es demasiado y con muy pocos contrapesos efectivos. La advertencia de su primer discurso, “No voy a permitir que los espejismos del cargo que hoy ostento me roben la naturalidad, la humildad y el buen juicio. No voy a dejar que las frivolidades del poder me alejen de la misión principal que he asumido... hacer que el poder sirva como palanca eficaz de la felicidad colectiva”, no le ha impedido caer en lo mismo que dijo querer evitar. Desde el primer día, el presidente Saca se dejó arrastrar por el espejismo del poder. Casi de inmediato se ha erigido en símbolo nacional único de lo que podría suceder a otros que se esforzaran como él lo habría hecho. Su imagen se impone de manera totalitaria, la propaganda de Casa Presidencial satura los medios y sus visitas se reducen a inaugurar y supervisar obras sin que todavía se haya sentado a conversar con la gente sobre sus dificultades para vivir con un mínimo de dignidad. El gobierno cercano o “en acción”, como ya lo llama la nueva propaganda presidencial, se ha convertido en peregrinación por municipios y comunidades. La única manera de gobernar con y para la gente es el gobierno local, centrado en el desarrollo de su territorio, lo cual sólo es posible descentralizando el poder. Esto supone un ejercicio del poder diametralmente opuesto al del gobierno actual. El correctivo más eficaz para estas tentaciones es la gente misma, pero para eso hay que acercarse a ella sin el escudo protector del protocolo oficial y con un interés genuino por escuchar y aprender de la realidad humana salvadoreña. La humildad y la paciencia deben ir acompañadas de la compasión para que la solidaridad sea efectiva. Sin asumir el sufrimiento de la gente, no hay verdadera solidaridad.

Sólo un Estado fuerte posee la capacidad para generar gobernabilidad. Por consiguiente, la reforma institucional tendría que ir mucho más allá de la del sistema electoral, la única que el presidente Saca señaló, en su discurso. La concertación es un apoyo indispensable para construir gobernabilidad, pero para ello debe centrarse en los problemas reales del país y sus habitantes, o sea, en la reducción de la desigualdad y en la implantación de la justicia para poder satisfacer las necesidades básicas de estos últimos, la eficacia del desempeño gubernamental y, como consecuencia de ella, la confianza en esa capacidad. La fuerza que el presidente Saca dice poseer para construir entendimientos se pondrá a prueba cuando intente convencer a los más ricos de ganar menos para crear más oportunidades a otros y así redistribuir de forma más equitativa la riqueza nacional. Dado que no existe una fuerza nacional con poder para obligarlos, la única opción es apelar a su conciencia ciudadana y cristiana. Esta sería una forma de comenzar a devolver al pueblo salvadoreño su patrimonio común, porque sólo a él le pertenece legítimamente. Si el presidente Saca tuviera la voluntad y la fuerza políticas para que, en efecto, su gobierno no continúe con la concesión de “prebendas, privilegios [y] ventajas irresponsables”, una vieja práctica de gobiernos anteriores, por la cual los más

ricos se apoderaron de dicho patrimonio, sentaría las bases para avanzar hacia formas superiores de gobernabilidad.

Es posible, con todo, que de la apertura para dialogar con los diferentes sectores salga una experiencia positiva y tal vez incluso el gobierno cambie de rumbo, si acaso se enfrenta a la realidad humana salvadoreña con un mínimo de honestidad. Pero esta novedad sólo se dará si la convocatoria para buscar entendimientos rebasa los círculos exclusivos de los partidos políticos, los gremios, los grandes empresarios, los alcaldes, etc., y se abre a esa otra realidad humana mucho más amplia, compleja y rica que conforma la mayoría del pueblo salvadoreño. Su participación activa en los asuntos públicos, nacionales y sobre todo locales contribuiría a ejercer un control eficaz sobre el gobierno y establecería un precedente difícil de hacer a un lado por los gobiernos futuros. Sería una forma ideal para adquirir experiencia democrática. Prueba del impacto positivo de las primeras aperturas es la disminución de las tensiones sociales y políticas, acumuladas por el último gobierno. Si esta iniciativa se llevara hasta sus últimas consecuencias, podría desembocar en el fortalecimiento de la institucionalidad y redundaría en una mayor gobernabilidad y sobre todo en una humanización de la sociedad salvadoreña.

San Salvador, 8 de julio de 2004.

